

FOTOCOPIADORA
C.E.Psi
Repositorio A.R.A. II
S/F
D/F 3
Folio 3

Universidad Nacional de La Plata

Facultad de Psicología

PSICOTERAPIA II

Ficha de Cátedra

ACERCA DE LA NOMINACIÓN Y LAS PRÁCTICAS ACTUALES DEL "ANÁLISIS INSTITUCIONAL"*

Raquel Bozzolo y Osvaldo Bonano

Acerca de ser, saber y hacer

Una vacilación nos toma al ponernos a escribir esta comunicación; sospechamos que la misma ya introduce ciertas dimensiones del tema a ser tratado. El cuaderno al que nos sumamos, ¿convoca a analistas institucionales? ¿o acaso a psicólogos, sociólogos, trabajadores sociales, psicólogos sociales que practican "intervenciones institucionales"?; bajo esa figura, ¿es legítimo y pertinente incluir actividades que realizamos en docencias universitarias, consultorías, supervisiones de prácticas clínicas? Tal vez entremos así en uno de los problemas que nos toma en el punto de partida.

Hace al menos unos veinte años que trabajamos en agrupamientos más o menos organizados, inscriptos en instituciones diversas, tanto

* Cuadernos de Campo N° 2 "Pequeñas anécdotas sobre las instituciones" publicado por *Campo Grupal*, Octubre 2007

públicas como privadas. Lo hacemos ante consultas o pedidos diversos: "ayudarlos en los problemas del equipo", "pensarse como grupo", "sortear dificultades en la tarea", etc. Pero nos importa subrayar que lo que hacemos en los agrupamientos -habitualmente *equipos*- que constituimos nosotros mismos es hoy el campo más fértil de innovaciones y procesos activos de pensamiento.

Estos dos planos de actividades requieren diferentes posicionamientos subjetivos. En lo que sigue nos proponemos considerar las alteraciones producidas en ellos, puesto que la potencia que hemos encontrado en ciertas modalidades de habitar los equipos de trabajo reclama poner en forma las operaciones que se fueron construyendo.

En las intervenciones generalmente en espacios públicos (hogares de menores, hospitales de día, equipos hospitalarios de salud, residencias de salud mental, colegios secundarios, organizaciones no gubernamentales, etc.) la actividad misma se continuó configurando alrededor del encargo a un equipo o a un profesional, nombrado, no sin ambigüedades, como *analista institucional*. En esas consultas -o en los relatos de las experiencias en encuentros y congresos- solemos presentarnos como "analistas institucionales" para subrayar la inscripción de nuestras prácticas en una *clínica* excéntrica a la captura de la misma por el eje terapéutico/asistencial. Pero, ¿designa este nombre lo que hacemos o es apenas la inercia de un nombre agotado?

Pensamos que la sustitución del mismo por otro alternativo, por ej. "esquizoanalistas", no alcanza para salir de la encerrona identitaria. La forma coagulada de un *hacer* alrededor de una *identidad* profesional, supone una posición subjetiva, unos instrumentos, y unos referentes teóricos, pero sobre todo indica *un lugar* que configura el dispositivo y dispone los procedimientos. Una tesis bien central para nosotros, que concierne a la efectuación de las prácticas en condiciones post-estatales, es que el lugar -profesional- ya no habilita la mínima eficacia y potencia a los procedimientos de quien opera. Más bien las obstru-

ye, puesto que supone estructura que distribuye lugares, y ello induce ceguera para captar el declive que se ha producido, justamente, en las *estructuras* y sus *lugares* institucionales.

Historizaciones

Las prácticas de intervención en agrupamientos u organizaciones, producidos "a demanda", fueron designándose de muy diversa manera. Una somera elucidación de los cambios sufridos en la nominación, muestra inscripciones diversas en ciertas corrientes del trabajo con las instituciones: psicología institucional, grupos de reflexión institucional, análisis institucional...

Respecto de las modalidades de trabajo singulares que se fueron acuñando en Buenos Aires, Cristian Varela ha puntuado algunos mojonos. Allá por los años sesenta, desde el arranque pichoniano, la incidencia de psicoanalistas como Bleger y Ulloa sesgó prácticas hacia abordajes en los que la dimensión institucional, sin duda presente, aún no tenía una teoría y unas categorías que permitieran pensarla y operarla en su propio plano de consistencia, las teorías sociales que se manejaban eran convencionalmente durkheimianas, lo que impedía entender los incipientes y crecientes fenómenos de desagregación de "lo social". Hoy podríamos decir que esas prácticas "institucionales" formaron cuerpo con el extenso campo del *grupalismo* y sus concepciones de referencia. Fueron experiencias marcadas por la implementación de alguna variante del grupo operativo en las que se registra el peso de esa matriz conceptual pichoniana donde lo "institucional" era uno de los *ámbitos* de ejercicio de la Psicología Social, situado entre lo socio-dinámico y lo comunitario.

En la década de los sesenta-setenta las prácticas de intervención institucional se entremezclaron con variadas prácticas en el campo "comunitario"; el ámbito de operaciones solía ser bien algún centro de salud inserto en esa "comunidad", bien asociaciones vecinales, sociedades

de fomento o cualquier otra que pre-existiera a las operaciones que un equipo profesional se propusiera desplegar. Tales prácticas giraban en torno a las propuestas de la psicología preventiva, la promoción de la salud y al enganche con los promotores y líderes naturales de las comunidades; no estaban tan ceñidas a operaciones con grupos, en las que subyacía la tesis que la potencia de la operación radicaba en el "dispositivo de grupo". En lo comunitario se trataba de "patear el barrio" e impulsar el desarrollo de los recursos propios de la comunidad.

Numerosas prácticas quedaron inhibidas y sofocadas durante la dictadura; se produjo un repliegue sobre la "interioridad" de los grupos y una suerte de encierro en las instituciones en que nos nucleamos. Mientras que aquellas prácticas era evocadas no sin nostalgia, a la vez, al menos en nosotros, se produjo el encuentro de nuevos referentes teóricos y operacionales en los aportes de Michel Foucault y en el Análisis Institucional propiamente dicho, que junto a las tesis ontológicas de C. Castoriadis respecto al dominio de lo histórico-social, proporcionaron operadores conceptuales claves para captar los brutales trastornos que se estaban produciendo en instituciones tales como justicia, democracia, representación, y en acceder a conceptualizaciones propias de lo socio-histórico que la plataforma psicoanalítica no proveía. Esas conceptualizaciones nos permitieron, por ejemplo efectuar un análisis institucionalista de la represión política, de los movimientos de derechos humanos, de la institución psicoanalítica y del psicólogo como codificación instituida de unas prácticas y un posicionamiento profesional, a la vez que dar una inflexión decisiva a nuestros dispositivos de trabajo.

Sospechamos que en la perduración de la nominación "*analistas institucionales*" está activa una inercia de aquellos tiempos, en los cuales algunos saberes y algunos haceres armaban identidades profesionales. En el caso de los analistas institucionales la cosa no llegó a coagular en profesión, probablemente por factores de diverso tipo. La inserción del análisis institucional en las poblaciones *psi* de Buenos Aires se efec-

tuó en un espacio en que el psicoanálisis era hegemónico en la provisión de sustento teórico y rasgos identitarios, sobre todo en el perfil profesional; sabemos que el costo de ello fue que sobrepuso un impedimento para analizar a las propias instituciones y obviamente a la institución misma del psicoanálisis.

A su vez, las concepciones del análisis institucional implicaban un trabajo sobre el experto, que en el ejercicio de sus prácticas precisaba que otro oficio le funcionara de apoyatura. En Francia, por ejemplo, se apoyó sobre la tarea de sociólogos y pedagogos, y su perduración actual se basa en la existencia académica de investigadores universitarios, que operan principalmente por encargo estatal sobre instituciones educativas. Como vemos, la fundación de esa práctica y de esa corriente de pensamiento es datable en un momento histórico (y un país) en el que el estado como meta institución gozaba de buena salud, aunque producía sus síntomas.

Ya señalamos que Lourau -y Castoriadis- habilitaron la actividad de elucidación crítica y su fundamento. En aquellas organizaciones o agrupamientos en los que se manifiesta penosamente un desacople entre las significaciones que las fundaron y las prácticas que efectivamente se despliegan, utilizamos lo que consideramos en su momento una suerte de "vía regia": la elucidación crítica de las significaciones sociales.

En ese dispositivo el *problema* pasaba por la captura de los sujetos por el inconciente institucional; la *operación* consistía en la puesta en visibilidad de esas determinaciones. Esta *concientización*, tanto en el sentido psicoanalítico como en el de las filosofías críticas, tendría efectos liberadores y transformadores de la sofocación que lo instituido causaba; a partir de allí se podría conquistar una movilidad subjetiva y grupal que estaba aplastada. El punto problemático consistió en que tales efectos, no se producían, y así ese dispositivo mostró que no dis-

ponía de potencia en otras condiciones de producción de subjetividades.

Posteriormente revisamos el privilegio que le otorgábamos a la elucidación crítica, al comprobar que la operación de elucidar requería la existencia de un tipo subjetivo, que ya mostraba signos de su extenuación: la subjetividad del ciudadano responsable de sus actos. La denominada *subjetividad clínica*, muestra al extremo esa coagulación de lo que se suele nombrar como des-responsabilización, que preferimos pensar como desconexión entre actos y consecuencias. Al no producirse en forma automática el sujeto anclado en la ley, elucidar, en el sentido de tomar conciencia, no dispara proceso alguno de subjetivación.

La caída del estado

Aquel sesgo profesionalista de la población psi, fuertemente condicionado por la inclinación liberal del ejercicio del psicoanálisis, que marcó a quienes realizaban análisis institucional "a demanda" se flexionó en los nuevos tiempos a que el operador se constituya en una suerte de prestador de servicios (consultores institucionales, asesores, etc.).

Fue necesario *pensar sin estado* en nuestras prácticas de intervención. Estas, más acá de las hegemonías o modas de pensamiento, más allá de los agrupamientos institucionales desde los que recibimos las consultas, han ido desordenando aquellos parámetros que antes describimos, dado que devinieron inactivos. Nuestros dispositivos, ante las nuevas formas de existencia hoy se ordenan bajo una modalidad del acompañamiento y de unos procedimientos de intervención que recogen la remoción de los supuestos acerca de la potencia anterior de dispositivos y operaciones

En una reunión del *Laboratorio de Análisis Institucional de Buenos Aires*, en marzo del 2001, nos preguntábamos qué ocurriría con nuestras prácticas institucionales en las condiciones que parecían abrir los acontecimientos del 20 de diciembre. En el surgimiento de asambleas

barriales algunos vislumbraron algo así como una generalizada operación de análisis institucional... desde allí se preguntaban si sería posible seguir realizando *intervenciones*, si seríamos necesarios como analistas institucionales luego de ese ¿acontecimiento?...

La lógica que hacía suponer una operación que realice la transformación o un análisis de la sociedad, era todavía heredera de la lógica de la revolución. También es importante recordar la fuerte conexión entre el análisis institucional francés y los sucesos de Mayo del 68. Estos linajes teóricos filosóficos e ideológicos se ven trastornados en nuestras prácticas actuales, y de allí la búsqueda de otros marcos conceptuales.

Las alteraciones subjetivas producto del agotamiento del estado nación profundizaron su presentación en los agrupamientos, en un campo ensanchado de visibilidad: la imposibilidad de armar un común, la fragmentación individualista de los equipos, el achatamiento de la capacidad de inventiva, la pérdida de alegría y una saturación de sentidos equivalente a la pérdida del sentido en la tarea que realizan.

Recordamos el trastorno que sufrimos, poco antes del 2001, en una intervención en un equipo de residentes, cuando luego de trabajar intensamente la relación de los integrantes con la *institución* de la residencia, pudimos registrar la extenuación de la misma como *formación en servicio*; una operación permitió que se produjera un crudo enunciado pleno de facticidad: la residencia hoy es "*trabajo pago por cuatro años y después el abismo*". Algo equivalente ocurre al trabajar con maestros, profesores o preceptores de escuelas secundarias, frente a la inexistencia de aquellos rasgos subjetivos que supieron constituir la escena escolar.

Desde estas experiencias, para nosotros las *instituciones* en sí ya no son el foco de la intervención. Su elucidación y la relación que los miembros del agrupamiento mantienen con ellas no son el *sitio* de la intervención... tampoco podemos legitimar nuestro accionar, como lo

hicimos durante cierto tiempo, en el *sufrimiento psíquico* de los sujetos.

Si tanto el *foco* como el sitio de la intervención no pasan más por la "institución", habría que pensar en la existencia de un oficio aún sin nominación..., como efecto de la caída del estado, se agotan *lugares* profesionales y *sitios* de intervención. En algún momento, urgidos por la necesidad de instituir espacios en la transmisión universitaria, hemos denominado a esta perspectiva como *clínica de la subjetividad*.

Acaso este cambio de nombre no diseñe otro *ámbito de trabajo* sino que apuesta una nominación que aloje los efectos de la caída del orden institucional que garantizaba el estado y logre cobijar bajo este nombre algunos dispositivos y procedimientos, que implementamos tanto como consultores externos como las que realizamos en nuestros propios equipos.

La destitución del experto

Efecto inevitable de la caída del estado nación que sostenía profesiones y expertos, el rehusamiento a ocupar el lugar de experto, es hoy un requisito para la potencia de la intervención. La mera suposición de existencia del lugar ya hace obstáculo, puesto que lo que suponíamos existente no existe a menos que se funde allí. Aunque la intervención se inicie por una consulta a quienes se los supone expertos, se avizora pronto la fragilidad del lugar; y en las ocasiones en que los consultantes lo sostienen, se lo experimenta como un formidable obstáculo para la *operación* a realizar. Sucede lo mismo con el emplazamiento y la función de docentes u otros instituidos. La existencia de esos lugares no asegura nada, aunque puede ser ocasión de que se produzca una cierta conexión, una cierta composición que presente nuevas potencias.

El rasgo central, que sostenemos es determinante, es que las experiencias más fecundas se están produciendo en espacios en los que

nuestra posición no es la de analistas que llegan desde una exterioridad al agrupamiento mismo, sino que lo integramos en su propio plano de consistencia. Tal es el caso de nuestra participación en un equipo de cátedra de la carrera de Psicología de una universidad nacional y en un departamento de una institución de psicoanálisis vincular. En ambos casos se trata de equipos heterogéneos en cuanto a experiencia profesional y a edades, rasgo que consideramos importante en cuanto a las subjetividades que nos habitan. En tal caso, la potencia de las operaciones no se basa en el *lugar* desde el cual se interviene, aunque sí puede sostenerse la existencia de una *función*.

El "dispositivo de intervención", (si reiteramos nominaciones propias del análisis institucional) no es tangencial o sobrepuesto al trabajo acostumbrado del agrupamiento. Por el contrario, es central respecto de su consistencia material y práctica. Nuestras actividades y nuestros devenires subjetivos no se efectúan bajo un "dispositivo de intervención" encabalgado al funcionamiento habitual del agrupamiento, sino que son una misma cosa.

Estos modos de operación suponen una densa complejidad, puesto que constatamos que siguen actuando inercias tanto en las asignaciones transferenciales como en los lugares instituidos propios del orden institucional, donde el equipo se encuentra inscripto por ejemplo, en la docencia universitaria, ordenada según estamentos y jerarquías. La pregnancia del vector transferencial en muchos casos obstaculiza más que posibilita las actividades de intervención e inhabilita que estas lleguen a configurarse como operaciones efectivas de composición. La destitución del experto en estos casos es la interrupción activa de los lugares asignados por inercia institucional, lo que podríamos afirmar que constituye una primera operación imprescindible para establecer otras condiciones para el conjunto de procedimientos.

Las herramientas del oficio

Hemos puntualizado que los equipos de trabajo que constituimos han sido un espacio de intervención privilegiado para el trabajo de intervención en nuestras subjetividades. De compañeros de equipo o integrantes de grupo a co-pensores, el *laboratorio* ha sido el modo en que preferentemente funcionamos para posibilitar tanto el alojamiento de las afectaciones subjetivas como su procesamiento en el encuentro con otros. Podríamos asegurar que en el trabajo sobre las subjetividades que (nos) habitan en nuestros equipos de trabajo, al tiempo que alojamos los efectos subjetivos de estas alteraciones, se termina de consumir la operación del "análisis institucional".

Estamos en plena actividad de conformación para lograr una puesta en forma de algunas de nuestras herramientas. *Intervenciones, procedimientos y operaciones* parecen constituir tres planos diferentes de lo que hacemos.

Ya indicamos que, dadas las inercias existentes en la complejidad actual de los agrupamientos, se necesita la producción de una primera operación para poder desatar procesos de subjetivación. La misma pasa por la *interrupción* de esas inercias subjetivas. La declaración de agotamiento de significaciones enunciadas y desacopladas con las facticidades y la elucidación de las significaciones presentes en ellas son algunos de los procedimientos de nuestra actividad.

Del "campo de análisis" y "campo de intervención" a la noción de subjetividad... de la elucidación crítica al encuentro dialógico... De los padecimientos al sufrimiento, del aislamiento al diálogo; de la no experiencia a la experiencia; del estar al habitar, de la desubjetivación a subjetivaciones posibles... Poner palabras a la perplejidad, ponerle nombres a los problemas que acucian... Son sólo algunos de los nombres de las derivas que se producen y *nos* producen en este *oficio* de acompañar e intervenir, en lo que por ahora nombramos como políticas de subjetivación.